

17 e.

EL LIBRO DEL PUEBLO

ENCICLOPEDIA POPULAR HISPANO-AMERICANA

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

El asesinato del general Prim

(CON ILUSTRACIONES)

COMPañIA
IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES
S. A.

0'50

MS.

87

A1 C 1200
(Ren)

**EL ASESINATO
DEL GENERAL PRIM**

N. 14887-A

Núm. 17

EL LIBRO DEL PUEBLO

Serie IX-4

EL ASESINATO DEL GENERAL PRIM

por

JUAN LOPEZ NUÑEZ



CLAP



COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

PUERTA DEL SOL, 15
MADRID

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 1
BARCELONA

FLORIDA, 251
B. AIRES

Compañía General de Artes Gráficas.—MADRID



NANDIN

ayudante que acompañaba al general Prim la noche del atentado.

I

Entre los misterios de la Historia contemporánea figura el asesinato del general Prim, acontecimiento memorable que nos proponemos relatar aquí ateniéndonos a los testimonios de los que se ocuparon de tan emocionante suceso. Papeles de la época: periódicos, libros, folletos... Todo lo hemos revisado con la debida atención para ofrecer en estas páginas una historia de todos ellos.

Para que se vea lo que apasiona todavía la muerte del general Prim, diremos que cuantas veces se ha tratado del asunto han llovido rectificaciones y aclaraciones, que no creemos que caerán ahora sobre este libro que, documentado en lo posible, quiere orientar en lo posible también a la opinión pública, que sigue tan interesada en el suceso como en aquellos turbulentos días en que se desarrolló.

Como es lógico, antes de nada daremos las oportunas noticias biográficas del que, caudillo un día de la Libertad española, fué el ídolo de los revolucionarios españoles, que lo acataron como a su jefe, aunque después, desengañados y descontentos, no ocultaran su despecho contra el que pudo modificar la Historia española y no supo o no pudo realizarlo.

¡Quién sabe lo que hubiera sido de nuestra patria de haber seguido el general Prim el plan que se había trazado y de haberse inclinado al lado de la República, de la que pudo haber sido el salvador! Pero no perdamos tiempo. Entremos en materia y demos las notas biográficas del caudillo que hemos ofrecido a nuestros lectores.

II

Nació don Juan Prim y Prats en la ciudad de Reus el 6 de diciembre de 1814. Su padre—teniente coronel retirado—ejercía allí de notario, carrera que había ejercido también su abuelo. Deslizóse la infancia de nuestro héroe como la de tantos otros, aunque desde su más tiernos años mostrase Prim la índole indómita, bravía y enérgica de su carácter. Era el más atrevido de sus compañeros, y aunque estaba dotado de una excepcional memoria y de una inteligencia privilegiada, gustaba más de acudir a las pedreas que de asistir a la escuela.

Entre sus infantiles camaradas eran proverbiales su temeridad y sus travesuras.

Por aquella época empezaba en España la reacción o una de las reacciones más furibundas que ha sufrido nuestra patria. Los liberales eran perseguidos

con verdadera saña, y a fin de "mejorar" las costumbres se prohibía el uso de la gorra y salir de noche, no siendo en casos de extraordinaria y justificada urgencia. Todo aquello se hacía por medio de aterradores y ruidosos pregones que atemorizaban a las gentes, como las atemorizaba una partida de desalmados llamados *mataperros*, que cuidaba de que tales órdenes fueran cumplidas.

Hablar de los desmanes y tropelías cometidos por aquellos hombres no es propio de aquí, donde sólo diremos que Prim, secundado por unos cuantos amigos, no quiso renunciar al uso de la gorra ni recluirse en su casa.

Armados, pues, de garrotes y de estoques salían a la hora que tenían por conveniente, y si se hallaban con los miserables *mataperros*—cuyo nombre ya era un símbolo de crueldad—trababan con ellos descomunal contienda, obligándoles la mayoría de las veces a volver las espaldas avergonzados y vencidos.

Con esto, pues, se ponía de manifiesto el carácter del futuro héroe de los Castillejos, revelándose al mismo tiempo su espíritu rebelde, que no había de tardar en lanzarle a las únicas aventuras que podía buscar un hombre de sus condiciones. Estas aventuras eran las que le brindaba la guerra civil, entonces en su mayor violencia, guerra fratricida que dividía a los españoles en dos grupos beligerantes: los

El asesinato del general Prim

liberales y los carlistas. ¿Para qué decir que Prim había de ser de los primeros? Aprovechando la ocasión que se le ofrecía de la creación de un cuerpo de voluntarios en su natal ciudad, ingresó en el mencionado cuerpo con el cargo de soldado *distinguido*, no tardando en hacerse notar por su valor temerario, que le hacía arrostrar todos los peligros.

Como es lógico suponer, no tardó la guerra civil en dar motivos a Prim para significarse cumplidamente. En cuantas acciones de guerra tuvo la suerte de intervenir demostró sus dotes guerreras, mereciendo señalarse lo que ocurrió en Peracamps, donde recibió tres graves heridas y no se retiró del campo de batalla. Fueron sus compañeros los que se lo llevaron de allí cuando lo vieron caer al suelo casi sin vida.

Apenas cicatrizadas las heridas que recibiera volvió a la lucha con más denuedo que nunca, no pudiendo extrañar ni sorprender a nadie que a los veinte años fuera alférez, teniente a los veintiuno, capitán a los veintitrés y coronel a los veintiséis. Todos estos ascensos los había logrado por méritos de guerra, pues no en vano tenía dos cruces de San Fernando. Querido por sus jefes, adorado por sus soldados, admirado por sus iguales, era el caudillo al que todos respetaban y seguían y del que se hablaba en toda Cataluña con tanto entusiasmo como de-

voción. ¿Para qué describir aquí lo que ocurrió cuando volvió a su patria chica laureado y con aquella fama de bravura que acompañaba a su nombre? Todos se apresuraban a estrechar la mano aguerrida del que habían visto salir casi de muchacho y le veían volver ocupando uno de los primeros puestos de la milicia. Idolo, por consiguiente, de sus paisanos; caudillo y siempre caudillo de las ideas liberales, no tardó mucho en definir su actitud política en aquellos tiempos de agitación y turbulencia por que atravesaba España, tiempos cuya historia creemos que merece un capítulo aparte.

III

¡Las camarillas! He aquí lo que caracteriza a la época que nos proponemos estudiar ligeramente al hablar de las consecuencias que tuvo para nuestra patria la terminación de la guerra civil, que, lejos de ser una fuente de fecundas enseñanzas para los de arriba, no sirvió más que para poner de manifiesto el afán desatentado de poder que los dominaba y vencía. La propia reina Cristina era la primera en dar tan funesto ejemplo, abriendo su corazón, no a los aires de la libertad, sino a los de la política menuda, que desde entonces a nuestros días tanto daño ha producido a España.

Así, pues, fué como vió el pueblo que después de tanta sangre derramada en la guerra civil, que había costado tantas vidas y tanto oro, no se había con-



seguido nada en el orden de su progreso ni de su redención.

Apoderados los reaccionarios más intransigentes del poder, gobernaban en dicho sentido, aprovechándose de la debilidad de la reina, dando lugar a frecuentes motines y algaradas, que eran algo así como la manifestación del estado de ánimo del pueblo, que veía cercenadas sus libertades más queridas.

(El lector comprenderá que nos referimos a la ley de Ayuntamientos, dictada por el Ministerio Arrazola, ley que provocó tal indignación popular que los ministros, después de dimitir, tuvieron que huir a Francia, para escapar de las iras de las gentes.)

Colocada la reina Cristina en el terreno de los desiertos, formó hasta tres Gobiernos en el plazo de mes y medio, y llamó como salvador al duque de la Victoria, que era el más ilustre y venerable representante de las ideas liberales. Pero a pesar de esta llamada, que podríamos llamar postrera recordando al poeta, el malestar cundía y con él ganaba cada vez más camino la revolución, que no había de tardar en estallar.

Comprendiéndolo así, la reina sólo pensaba en abdicar y retirarse de la manera que le fuese más beneficiosa. ¿Qué le importaba la corona a aquella reina, que era la heroína de una de las historias de amor más interesantes de aquella época? Unida



Visita de S. M. el Rey Don Amadeo de Saboya a la duquesa de Prim.

El asesinato del general Prim

al hombre que ella quería, sólo le interesaba la legitimación de aquel matrimonio morganático que tanto había hecho hablar a los periódicos de la época, especialmente a *El Guirigay*, de González Bravo, y a *El Murciélago*, que hoy llamaríamos alevé y entonces no era más que uno de tantos periódicos de oposición redactados y escritos por los que andando los años habían de ser los más firmes puntales de una Monarquía, que ellos habían sido los primeros en desprestigiar. Desprestigiado, pues, el régimen, no le quedaba a la reina Cristina más camino que el de la abdicación para salvar los intereses de la nueva familia que se había creado con el famoso Muñoz, que de los lugares más insignificantes de la milicia había llegado a ser el favorito y el esposo de la viuda de Fernando VII. No importándole, por consiguiente, más que sus propios intereses, en cuya defensa había de poner todo su empeño, dejó la corona y dejó a España el 17 de octubre de 1840, estableciéndose una regencia provisional que quiso remediar en lo posible el mal estado de los negocios públicos; tentativa generosa, pero estéril, ya que a tan nobles deseos habían de oponerse los que todavía no se llamaban *obstáculos tradicionales*, aunque fuesen más que suficientes para entorpecer toda obra de buen gobierno.

Triste era la herencia que había dejado a Espa-

ña aquel rey tan español al que la Historia había de aplicar el nombre de *Deseado*. Después de la guerra civil, que había de llenar de luto y espanto a nuestra patria, dejaba a esta misma patria entregada a los caprichos de una mujer que, mujer antes que reina, había de inspirar sus actos en su corazón apasionado, comprometiendo a todas horas la suerte de nuestra nación. ¿Qué de extraño tiene que todos los que sabían lo que sucedía en las altas esferas quisieran hacerse dueños de ellas, apelando a todos los medios que la ambición y la astucia ponen al alcance de los codiciosos? Los enemigos de los poderes hereditarios verán en estos hechos una prueba elocuente en favor de sus ideales y de sus creencias, creencias e ideales que no podemos juzgar aquí por no ser propios de este libro. Que juzguen debidamente los llamados a deducir de la Historia las consecuencias que de ella se derivan. Nosotros, en nuestra misión divulgadora o expositiva, no podemos detenernos en este asunto. Sigamos, pues, relatando hechos, y antes de entrar en el estudio—sucinto y rápido—de la minoría de Isabel II digamos que Prim—nuestro biografiado—, que mandaba a la sazón un regimiento que guarnecía Cardona, se adhirió desde el primer instante al movimiento liberal, colocándose junto a Espartero, que después de reconocer todos los grados que Prim había obtenido en

El asesinato del general Prim

los campos de batalla vió con el natural agrado que saliese elegido diputado por Tarragona en la famosa legislatura de 1841.

Así entró en la vida política don Juan Prim, que tanto había de actuar y de intervenir en ella.

IV

Prudente, sensata e incluso modesta fué aquella etapa parlamentaria de nuestro héroe, que allí asistía a la iniciación en un mundo que le era desconocido. Por consiguiente, en ella no hizo Prim más que observar y aprender. No tomó parte en los debates, como si estuviera temeroso de aventurarse ligeramente en un terreno vedado.

Por otra parte, las circunstancias por que atravesaba España no eran las más propicias para que Prim perdiera el tiempo en el Parlamento. Hombre de acción, su puesto estaba en el sitio de verdadero peligro. Nombrado subinspector de Carabineros en Andalucía, ejercía dicho cargo cuando empezaron los manejos de Cristina, que en el extranjero se dedicaba a conspirar para volver a tomar la corona, que entonces le pesaba haber dejado, y con la corona la regencia de su hija. Secundaba su actitud un grupo de generales que entonces empezaban a actuar en la política española: O'Donnell se suble-

vó en Pamplona y Narváez quiso penetrar en España por Gibraltar, deseos a los que se opuso Prim, que evitó tal desembarco.

A los intentos de Narváez y a la sublevación de O'Donnell siguieron los alzamientos de Montes de Oca y Borso, que terminan con la muerte de estos caudillos; pero estas desventuradas tentativas no fueron obstáculo para que hubiese otros pronunciamientos y sublevaciones ni para que los que conspiraban en el extranjero formasen en París, bajo la presidencia de O'Donnell, la llamada *Orden Militar Española*.

Componían esta Orden los señores Narváez, Córdova, Pezuela, Benavides y Escosura, y desde su fundación conspiró resueltamente contra la regencia de Espartero, preparando el alzamiento de 1847.

A fines de 1842 estalló una sublevación en Barcelona. El propio Espartero marchó a sofocarla y combatirla, hablando Prim en el Congreso contra la actitud adoptada por el Gobierno, con el que se colocaba en pugna.

Por estas circunstancias, al día siguiente de marchar Espartero a Barcelona pidió Prim su pasaporte al capitán general, y como le fuese negado prescindió de él y se fué a París a entrevistarse con los de la *Orden Militar Española*, cuyo presidente le había llamado.

El asesinato del general Prim

Este fué, pues, el primer paso que en el camino de las conspiraciones dió don Juan Prim, que una vez en París no pudo prestar su conformidad a los ideales sustentados por los de la Orden, que aspiraban a un absolutismo que chocaba con el espíritu liberal de nuestro caudillo, que resolvió volver a España en completo desacuerdo con O'Donnell y sus amigos.

Detenido en Perpiñán, fué puesto en libertad por las gestiones del cónsul español.

Prim llegó a Reus, donde permaneció oculto, hasta que convocado el nuevo Parlamento fué otra vez elegido diputado.

Mientras tanto, Espartero iba perdiendo su popularidad.

La causa de la reina Isabel, como tal reina, ganaba cada día mayor terreno, siendo a poco toda España la que pedía que fuera declarada mayor de edad la que andando los años había de ser llamada *la de los tristes destinos*.

En 1843, Prim, que estaba en Reus, redactó un manifiesto acogiendo estos deseos y haciéndose intérprete de ellos, pidiendo, por consiguiente, que se declarase la mayoría de edad de Isabel II y la supresión de la regencia de Espartero, a quien llamaba *soldado de fortuna y matador de la representación nacional*.



MOYA.

ayudante que acompañaba al general Prim la noche del atentado.

V

Para nuestros lectores no será ningún secreto la serie de conspiraciones, pronunciamientos y cuarteladas que a partir de este momento se desencadenaron en España, capitaneadas y dirigidas por los que, debiendo permanecer por razones de su profesión ajenos a toda política, intervinieron en ella traicionándola y desquiciándola a su antojo.

Prim no podía ser una excepción, ni mucho menos, y por eso se le ve ir y venir acaudillando movimientos subversivos que dieron al traste con la efímera regencia de Espartero, que no podía dominar ni vencer a sus enemigos más o menos emboscados.

La suerte de Espartero fué la de tantos que, obstinados en salvar un régimen más que un ideal, fueron sacrificados en la primera ocasión, hecho eloquentísimo que viene repitiéndose en nuestra Historia desde tiempo inmemorial.



El mismo Prim no tardó en correr la misma suerte que todos sus antecesores, teniendo que pasarse a las filas de los revolucionarios y que comer en el extranjero el triste pan de la emigración, preparando y dirigiendo el movimiento que había de dar motivo a la famosa Revolución de Septiembre.

No es propio de este estudio hacer un examen detallado de este movimiento nacional, que fué la explosión de un pueblo avergonzado y dolorido. Ultimamente don Ramón del Valle-Inclán, en sus admirables obras *El ruedo ibérico* y *Viva mi dueño*, ha hecho una pintura exactísima de las causas que precipitaron del trono de sus mayores a la reina Isabel II, reina que tanta significación tiene en la Historia contemporánea.

Prim, que tenía la máxima autoridad y el máximo prestigio después de sus triunfos en Africa, de su intervención en Méjico y de sus victorias en los campos de batalla, fué el alma de la Revolución de Septiembre, a favor de la que trabajaron todos los partidos liberales y los mismos palaciegos, que veían con el natural despecho las locuras a que se entregaba la joven reina.

En este estado las cosas, a fines de agosto de 1868 todo estaba preparado para derribar la Monarquía.

Prim embarcó en Londres el 11 de septiembre y desembarcó en Gibraltar el 17 con nombre supuesto,

El asesinato del general Prim

acompañado por Sagasta y Ruiz Zorrilla. Un vaporcito—el *Adelia*—llevóles a bordo de la fragata *Zaragoza*, y al día siguiente Topete, que era el jefe de la escuadra, presentó a Prim a los marinos y los arengó, proclamando el triunfo de la Libertad.

Una salva de veintiún cañonazos anunció la sublevación de la escuadra y la caída del Trono.

Topete quería esperar; pero, convencido de que no había de perder tiempo, se avino a que Prim tomara la dirección del movimiento, prescindiendo de Serrano, al que no podía aguardarse.

Adherida al movimiento la guarnición de Cádiz, sublevóse Sevilla el 19, siguiendo este ejemplo Huelva, Córdoba, Cabezas de San Juan, Galicia y Santander, no quedando en toda España después de la batalla de Alcolea ninguna población que no respondiera al movimiento, a cuyo frente se puso Serrano, que, como regente del reino, dió a Prim la cartera de Guerra, después de haberle nombrado capitán general de Madrid.

El asesinato del general Prim

acompañado por Sagasta y Ruiz Zorrilla. Un vaporcito—el *Adelia*—llevóles a bordo de la fragata *Zaragoza*, y al día siguiente Topete, que era el jefe de la escuadra, presentó a Prim a los marinos y los arengó, proclamando el triunfo de la Libertad.

Una salva de veintiún cañonazos anunció la sublevación de la escuadra y la caída del Trono.

Topete quería esperar; pero, convencido de que no había de perder tiempo, se avino a que Prim tomara la dirección del movimiento, prescindiendo de Serrano, al que no podía aguardarse.

Adherida al movimiento la guarnición de Cádiz, sublevóse Sevilla el 19, siguiendo este ejemplo Huelva, Córdoba, Cabezas de San Juan, Galicia y Santander, no quedando en toda España después de la batalla de Alcolea ninguna población que no respondiera al movimiento, a cuyo frente se puso Serrano, que, como regente del reino, dió a Prim la cartera de Guerra, después de haberle nombrado capitán general de Madrid.

VI

Por vez primera en su vida Prim ocupaba un ministerio, aunque hay que reconocer que era el verdadero regente, sustituyendo a Serrano, que era una figura decorativa.

En junio de 1869 fué nombrado presidente del Consejo de Ministros, en ocasión de que los carlistas se levantaban en armas y que los republicanos querían gobernar.

Sofocadas las tentativas de unos y otros, se atrajo el general Prim los más enconados odios, que estallaron cuando quiso traer a España un rey extranjero.

La cólera y el despecho de sus enemigos llegaron al paroxismo cuando aceptó el trono don Amadeo

de Saboya. Las amenazas menudearon de tal manera que es lamentable que Prim no hiciera caso de ellas.

Paul y Angulo—del que hablaremos después—, antiguo amigo de Prim, le insultó públicamente, y al ver que se le despreciaba, anunció que lo mataría como a un perro.

Así las cosas, llegó el 27 de diciembre. El Congreso de los Diputados votó la lista civil del nuevo rey y se levantó la sesión.

Prim habló con varios diputados en los corredores, mostrándose alegre y de buen humor. Salió del Palacio de las Cortes por la puerta de la calle de Floridablanca, subió al coche acompañado por sus ayudantes Nandín y Moya, cuyos retratos damos en este libro. Cuando el carruaje había recorrido ya casi toda la calle del Turco, cerca de la calle de Alcalá, unos coches estorbaban el paso.

Aprovechándose de aquella interrupción, preparada sin duda alguna, unos malhechores se aproximaron al coche, y rompiendo uno de los cristales del carruaje dispararon sus trabucos.

Los disparos hirieron mortalmente a Prim, y levemente a Nandín y Moya.

El cochero arreó los caballos a tiempo que hacían fuego nuevamente los asesinos.

Prim subió por su pie la escalera del palacio de

El asesinato del general Prim

Buenavista. Tranquilizó a su familia, diciéndole que estaba levemente herido, y se moría.

Tres días duró su lucha contra la muerte. El día 30 de diciembre dejó de existir a las ocho de la noche, mientras don Amadeo desembarcaba en Cartagena, y conoció la terrible noticia con el consiguiente espanto.



**Atentado contra la vida del general Prim en la calle del Turco, la noche del
27 de diciembre.**

VII

Vamos ahora a hacer la historia, que podríamos llamar secreta, de aquel horrible atentado, basándonos en los testimonios que juzgamos más autorizados, para lo cual empezaremos por decir que no es posible reflejar el estupor, la sorpresa, el anonadamiento que produjo en toda España el asesinato del general Prim. Hasta los mismos republicanos se quedaron aterrados, como se demostró a poco en el Congreso de los Diputados con la intervención de don Ramón Cala, redactor de *El Combate*, periódico sobre el que recaían todas las sospechas de haber sido el inductor del crimen. Más adelante hablaremos de esto. Ahora nos detendremos en otro de los acusados: en el famosísimo Roque Barcia, que fué reducido a prisión e incomunicado.

Un papel de solfa, dirigido malignamente a Roque Barcia, y hallado en medio de la calle, fué lo

suficiente para que el célebre demagogo fuese llevado al Saladero.

Esta detención, arbitraria a todas luces, tuvo una gran importancia histórica, pues gracias a ella tenemos unos documentos de gran valor. Nos referimos a las cartas y folletos que escribió en su cautiverio el exaltado repúblico, cartas y folletos que pueden considerarse como verdaderos y únicos testimonios de lo ocurrido.

Dada la representación ostentada por Roque Barcia y el conocimiento que del hecho debía tener, son de un excepcional interés, como ya hemos dicho, los documentos referidos.

La carta dirigida a sus compañeros en Cortes decía, entre otras cosas:

“¡Ay, señores diputados de la Comisión!—la de suplicatorios—. Mientras tanto que sus señorías estaban en sus casas rodeados de sus esposas y de sus hijos, en horas serenas y felices, los Borbones arrojaban cien causas sobre mis escritos. Y por la expulsión de esos Borbones, por la Revolución de Septiembre, gasté mi patrimonio, perdí mi salud, arriesgué mi existencia, turbé a mi familia y suspiré por seres queridos y rodé por cárceles y destierros... ¿Para qué?

“¡Ay! mil veces. Para ver a mi pobre España más desorientada y perdida que la he visto nunca.

El asesinato del general Prim

"Mientras tanto que sus señorías estaban en sus casas entre sus hijos y sus esposas, al amor de la lumbre en el invierno y tomando el fresco en estío, algún personaje, desde Bruselas, me escribía a Lisboa: "*Anhelo de todo corazón estrechar su mano.*" Trabaje usted; la Libertad necesita hoy del auxilio "de todos. En su día recogerá el fruto."

"¡Buen fruto he recogido!

"Ahora me entregan sus señorías a un juez de Madrid.

"Ahora borran sus señorías nada menos que el voto de cuatro mil hombres leales.

"Ahora me expulsan sus señorías del Parlamento por *asesino* en virtud de una solfa indigna."

A continuación decía, con aquella su especialísima manera de escribir que tenía tanto de iluminada como de loca:

"El cuerpo frío de don Pascual Madoz viene delante.

"El cadáver de Prim detrás.

"En medio un trono encajonado entre dos ataúdes.

"Alrededor los demócratas, los progresistas.

"¡Oh cruz de Saboya!

"¡Qué mal has principiado!

"¡Y qué mal fin vas a tener!

"Una campana toca a difuntos. ¡Dios perdone al muerto!"



A esta primera carta, dirigida a los diputados de la Comisión, siguió esta otra, dirigida a todos los constituyentes:

"Señores diputados: Si algún día me decido a obrar, y si después de obrar no perdono, *algunos españoles llevarán el grillete al pie.*

"Presiento que estoy condenado a morir en estas prisiones.

"No importa.

"Moriré.

"Me sobra valor para morir, mas no debo morir infamado.

"Oíd la palabra de un compañero que nunca ha mentido ni faltado jamás a sus compromisos de honor.

"Aunque me duela el alma, aunque el corazón se despedace, tengo que hablar de cosas horribles.

"Yo no pude atentar contra la vida de don Juan Prim sino por fanatismo, por embriaguez, por codicia, por ambición, por plan, por mandato o por odio.

"No pude atentar por fanatismo porque no soy, no he sido, no puedo ser fanático para matar.

"Yo no mato ni quemo.

"No he matado, no he quemado nunca.

"No mataré, no quemaré jamás.

"Si las lágrimas de una desolada viuda pudieran

El asesinato del general Prim

enjugarse a precio de sufrir, Dios no me salve si no me aviniera a sufrir un año y otro año hasta bajar a la sepultura por el rescate de sus dolores.

"Tampoco pude atentar por odio.

"Diré la causa:

"Pocos días antes de la catástrofe de la calle del Turco pedí a don Juan Prim el perdón de dieciséis presos de La Carolina, que estaban en la cárcel de Jaén.

"Don Juan Prim accedió a mi súplica.

"Yo no podía obrar por odio cuando acababa de tener un motivo de gratitud.

"El que sufre, ama.

"Y yo he sufrido mucho.

"Mi vida no ha sido otra cosa que una cadena de dolores."

Estas cartas o mensajes fueron algo así como el prólogo del folleto publicado en 1871 y titulado *El asesinato de don Juan Prim*.

Este folleto, rarísimo y apenas mencionado, empezaba así:

"¡Quiera Dios que no se apelliden republicanos los malhechores de la calle del Turco!

"Si así fuera y me obligaran a pensar en aquella tremenda alevosía, estoy seguro de que me volvería loco."

A continuación decía:

"Voy a revelar lo que el público no conoce y conviene que lo conozca.

"Los verdaderos republicanos son amantes de la claridad.

"La sesión del día 27 se levantó entre seis y seis y media de la tarde.

"En los pasillos se formó un corro de veinte o treinta diputados de todas las fracciones de la Cámara. Uno de ellos habló de fusiles, y don Juan Prim, que pasaba en aquel momento, se acercó diciendo: "Poco a poco, señores, que eso de fusiles "me toca a mí."

"Nadie lo llamó.

"Nadie le invitó a que tomara parte en la conversación de aquella tertulia parlamentaria.

"El presidente del Consejo acudió porque quiso acudir.

"¡Nadie le distrajo!

"¡Nadie lo entretuvo!

"Se ha dicho después que un diputado de la minoría republicana lo *distraía intencionadamente*.

"No le distrajo nadie, ni con intención ni sin ella.

"Repito que nadie le distrajo ni tenía para qué distraerle.

"Lo digo en alta voz, muy en alta voz, porque puedo y quiero decirlo.

"Don Juan Prim, tomando parte espontáneamen-

El asesinato del general Prim

te en la conversación del corro, dijo a un individuo de la minoría las siguientes palabras:

"—¡Federal! ¿Por qué no se viene usted a Cartagena con nosotros para recibir a nuestro rey?"

"El federal le contestó en tono de chanza, y en el mismo tono prosiguió hablando don Juan Prim.

"Al despedirse se dirigió a otro diputado republicano diciéndole:

"—Que haya juicio, porque tendré la mano muy dura.

"A estas palabras del presidente del Consejo se apartó del corro *el federal* y le detuvo el tiempo preciso para decirle:

"—Mi general, a cada uno le llega su San Martín.

"Transcurridos apenas cinco minutos, los malhechores de la calle del Turco asesinan al presidente del Consejo.

"Y, sin embargo, *el federal* sabía tanto del crimen infame como el mismo que fué asesinado.

"*El federal*, ¡lo juro a Dios!, era tan inocente como la viuda y los hijos de don Juan Prim.

"¡Yo echo sobre mi conciencia la noble y tranquila conciencia de ese federal!"

Aclarada su intervención en el asunto, pues se le atribuía el haber entretenido a Prim para dar tiempo a que se prepararan los asesinos, decía en el

capítulo titulado *El telégrafo fosfórico*, y que es el relato más fidedigno, al parecer, del crimen:

"Sale don Juan Prim de las Cortes y se dirige a su carruaje.

"Un hombre encapado, que estaba en la acera de enfrente, enciende un fósforo.

"Otro hombre encapado, que estaba en la esquina del mismo palacio del Congreso, por la parte de la calle del Sordo, enciende en el acto otra cerilla.

"La misma operación ejecuta otro encapado, que vigilaba a la embocadura de la calle del Turco.

"Los asesinos vieron la luz del fósforo y supieron que en aquel instante ocupaba su coche el presidente del Consejo.

"El fósforo no se había engañado.

"Los dos faroles del carruaje de don Juan Prim aparecieron en aquel instante.

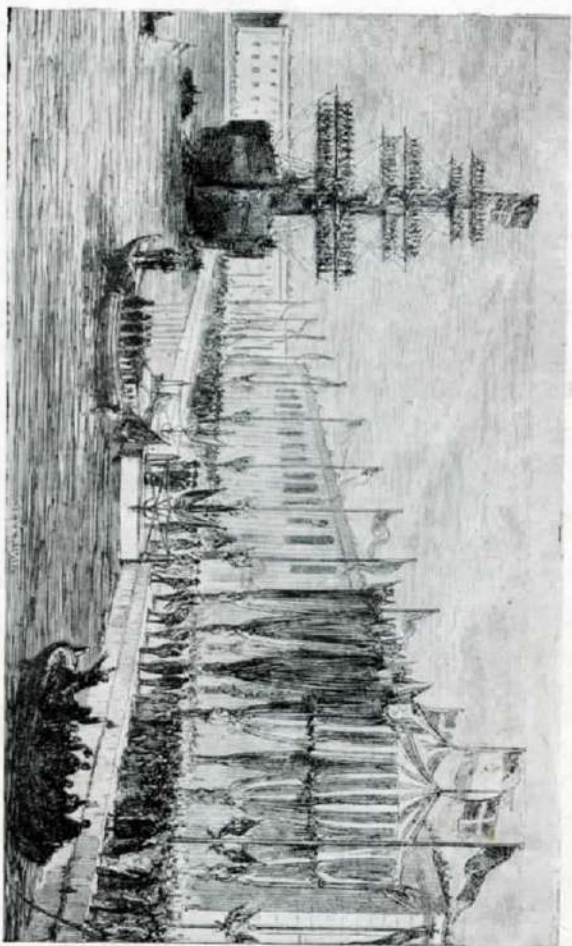
"Aquellas dos luces se aproximaban.

"¿Será posible que los asesinos no se estremecieran al ver acercarse la luz de aquellos dos faroles?

"¿Será posible que el corazón de los forajidos no se cubriera de tinieblas?

"Se concibe que se pueda matar a un hombre tan vilmente por ganar *un salario*?

"¿Puede explicarse esta lastimosa degradación del alma humana?



Desembarco de S. M. el Rey en el puerto de Cartagena (30 de diciembre de 1870).

El asesinato del general Prim

"¡Ay! ¡Cuántas veces sucede que lo que hay arriba es la causa de lo que hay abajo!

"¡Cuánto y cuánto sería necesario subir para bajar después a oscuridades tan profundas!

"La senda que conduce a tales abismos ¡está tan alta!

"Si fuera posible averiguar de dónde vienen aquellos malvados, ¡cuántos misterios horribles comprenderíamos!

"Antes de llegar a esos malvados de la calle del Turco, ¡cuántos malvados encontraríamos pisando alfombras!

"Ningún crimen grande nace en la vivienda de un pobre.

"Los delitos más estupendos son las criaturas que ven la luz en casas grandes.

"Yo estoy seguro, perfectísimamente seguro, de que la ocasión de un crimen viene de un alcázar.

"¡Y sé cuál es!

"Miremos hacia arriba.

"Levantemos los ojos como quien mira a los cejales y hallaremos la explicación de este abominable bastardeamiento del ser humano.

"¡Cuánto hay que sufrir!

"¡Cuánto hay que llorar para comprender estas tenebrosas profundidades de la vida!

"Allá, el señor.

"Aquí, el esclavo.

"Arriba, un ídolo.

"Abajo, un paria.

"Ahí, la corrupción y el lujo.

"Acá, la miseria, la embriaguez y el embrutecimiento.

"Arriba, déspotas.

"Abajo, asesinos.

"Allá, la paga.

"Acá, el *malhechor pagado*.

"Uno da el jornal.

"Los que esperan que se aproximen aquellas dos luces del carruaje son los *jornaleros*.

"Y aquellas dos luces se aproximaban.

"Y algunos bultos negros se movían.

"¡Maldita mano la que recibe!

"¡Maldita mano la que da!

"¡Maldito el de abajo!

"¡Maldito el de arriba!"

Un carruaje se detiene un momento: era el de don Juan Prim...

.....

Hemos subrayado intencionadamente las palabras más significativas de Roque Barcia, dejando su comentario o su comprensión al lector.

¡Cuánto se reían o aparentaban reírse muchos de

El asesinato del general Prim

lo de las cerillas calificadas por Roque Barcia de *telégrafo fosfórico!*

¡Cuánto dieron que hablar entonces estas afirmaciones!

Andando los años, y siendo yo muy niño, conocí, o mejor dicho, me dijeron señalando y refiriéndose a un hombre de siniestra catadura:

—Ese fué uno de los que encendieron cerillas avisando a los asesinos del general Prim.

* * *

En el capítulo titulado *La mano negra*, del mencionado folleto, sigue Roque Barcia relatando el asesinato con todo género de detalles.

Alude a la detención del coche que ocupaba el general, y dice:

“El ayudante Moya, que iba al vidrio, observa un instante para ver la causa de la detención y aprieta la mano del general Prim, exclamando:

—Mi general, nos hacen fuego.

“Cuando Moya observó, algunos apuntaban indudablemente, porque nadie los vigilaba y creyeron prudente obrar sobre seguro.

“*No estaban solos.*

“Más de dos, más de tres guardaban sus espaldas en los alrededores.

"Uno, el más audaz de los asesinos, se aproximó al coche.

"Rompió el cristal con la boca de su trabuco, y exclamó a media voz:

"—Prepárate. Vas a morir.

"Don Juan Prim lo vió.

"Decía que era bajo, fornido, de barba poblada y muy negra.

"El herido afirmaba que si lo viera lo conocería.

"No pudo conocerlo porque no le vió.

"Y no pudo verlo... no se sabe por qué.

"*Han sucedido cosas tan raras en esa alevosía, que no es posible discurrir ni conjeturar.*

"Cuando la boca del trabuco rompió el vidrio, el general y el otro ayudante se aplanaron sobre el tes-tero del carruaje.

"Un grupo se formó por la izquierda.

"Una voz dijo:

"—¡Fuego!

"Y se oyó la ruidosa detonación de tres trabucos.

"Otro grupo se formó por la derecha.

"Otra voz gritó:

"—¡Fuego!

"Y se oye una segunda detonación de tres disparos.

"Allí eran seis.

El asesinato del general Prim

"Otro que estaba enfrente de las Cortes, el que encendió la primera cerilla, son siete.

"Otro que esperaba en la esquina del mismo palacio del Congreso, el que encendió la segunda cerilla *telegráfica*, son ocho.

"Otro que aguardaba en la embocadura de la calle del Turco, el que encendió el último fósforo, son nueve.

"¡Y cuántos otros no estarían apostados en los alrededores!

"¿Y no habría otros seis en la calle del Sordo?

"¿No habría otros seis en la calle de Cedaceros?

"¿No habría seis hombres y seis trabucos en las diferentes avenidas que pudo tomar el carruaje del asesinato?

"¿Cuántas cuadrillas eran?

"¿Quién las dirigía?

"¿Cuánto *costaban*?

"Nada se sabe.

"Una losa se ha suspendido, y el sepulcro ha tragado ese horrible misterio.

"*¡No parece sino que toda la policía estaba muerta aquella noche!*

"¿Creerían los vigilantes que era una aventura como la de la calle de Calderón, como el atropello de Somolinos, como el asesinato del que fué muerto en otra calle pública?



"El asesinato de Prim ¿será una consecuencia del asesinato de Azcárraga?"

"¡Gobierno del regente! (1).

"¡Cuán grande, cuán inmensa será la responsabilidad que pese un día sobre ti!

"Una sangre llama a otra sangre.

"Una vida llama a otra vida.

"Un asesino llama a otro asesino.

"Los disparos se hicieron diagonalmente para no herirse los que disparaban.

"Todo estaba previsto.

"Todo meditado.

"¿Qué sentiría don Juan Prim cuando vió el trabuco, cuando oyó el ruido del vidrio, cuando apercibió el acento bronco que le decía: "Prepárate, que vas a morir"?"

.....

"Luego que dispararon los dos grupos no se oyó un rumor.

"No pasa nadie.

"Nadie lo oye.

"Nadie lo ve.

"No parece sino que la calle de Alcalá está en un desierto o que Madrid es un camposanto.

"Los malhechores desaparecen con la mayor cal-

(1) Serrano.

El asesinato del general Prim

ma, no habiendo querido perder ni las herramientas de su alevosía.

"Sus capas ocultaban sus trabucos.

"No hay ejemplo en la vida de que el asesino que mata no arroje su puñal.

"Los asesinos de la calle del Turco guardaron sus puñales.

"*¡Qué seguros estaban de no ser perseguidos ni molestados!*"

.....
El lector se dará cuenta de la importancia excepcional que tienen las palabras de Roque Barcia.

Por ellas se ve la tranquilidad con que obraban los asesinos, que habían previsto todo y contaban, al parecer, con la ayuda de muchos.

Comprendemos la extrañeza del lector, que se preguntará seguramente qué era lo que hacía la terrible policía de aquella época, que era tan sagaz para otras cosas.

¿Cómo es posible que en un sitio tan céntrico no hubiese nadie que presenciara lo ocurrido?

¿Cómo era posible que estuviesen tan privados de vigilancia aquellos lugares tan populosos y animados y en una hora tan crítica como aquella en que se cometió el crimen?

Cuando nos ocupemos de Paul y Angulo volveremos a dirigirnos estas preguntas viendo la facili-

dad con que desapareció de Madrid y salió de España el director de *El Combate*, y la tranquilidad con que vivió en España acusado como estaba de haber sido el que mandaba a los asesinos.

Ahora dejemos la palabra nuevamente a Roque Barcia, que dice:

"¿Había caballos cerca de la fuente de Cibeles?"

"No.

"¿Huyeron acaso de Madrid?"

"No.

"¿Corrieron?"

"No.

"¿Pues quién los guardaba?"

"No se sabe.

"¿Quién los oculta?"

"No se sabe.

"En la esquina de la derecha inmediata a la calle de Alcalá, puso un asesino la mano para limpiársela, porque quizá se la había manchado con algún fogonazo.

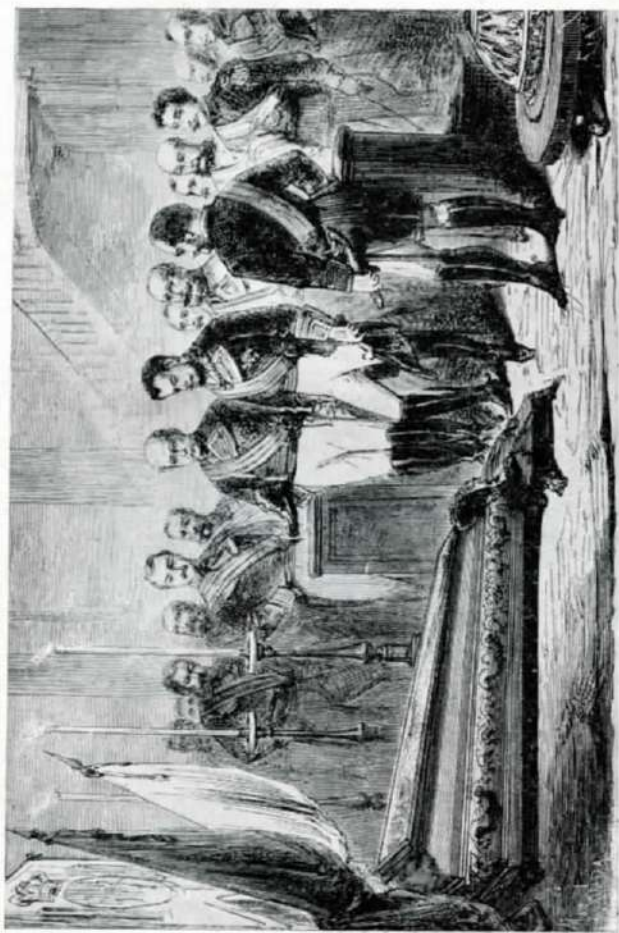
"Por la mañana apareció la mano en aquella pared como si estuviese *pintada con pólvora*.

"*La policía hizo mal en borrarla.*

"Aquella mano debió estar allí.

"Todo Madrid la debía ver.

"A noticia de toda España debía llegar que *anda* por Madrid una mano:



S. M. el Rey Don Amadeo de Saboya orando ante el cadáver del general Prim en la
Basilica de Atocha.

El asesinato del general Prim

"Una mano negra...

.....
"Parece cierto que la viuda del general Prim tiene en su poder una carta que dice:

"*Estamos satisfechos de nuestra obra y la proseguiremos sin descanso...*"

.....
Hablando de los últimos momentos de Prim, dice:
"Prim comprendió en el acto la gravedad de su situación.

"Al subir la escalera de piedra del ministerio tuvo que apoyarse en las barandillas, que quedaron teñidas de sangre.

"Llegó a su casa, y al aturdimiento de su familia contestó con aplomo que iba herido ligeramente.

"Hecha la primera operación, le preguntó un amigo:

"—¿Cómo se siente usted?

"—Veo la muerte—respondió Prim.

"—¿Quiénes calcula usted que habrán sido los asesinos?

"—No lo sé; *pero no me matan los republicanos.*"

¿Por qué no le preguntó su amigo que quiénes eran entonces los que le mataban? ¿Por qué no aprovechó aquellos momentos de relativa lucidez del moribundo para que señalara a los que creía sus asesinos?

¡Misterios! ¡Cuántos misterios!

"A las siete de la tarde quiso Prim despedirse de su familia.

"La congestión le turbaba ya, y se pasaba la mano izquierda por la frente y los ojos como si pretendiera quebrantar su mirada, articulando acentos que no se entendían.

"A las nueve de aquella misma noche el cuerpo de don Juan Prim estaba frío."

Quizá nos hayamos extendido mucho en la transcripción del folleto de Roque Barcia; pero es tan grande su importancia, que suponemos que los lectores lo agradecerán sin duda.

Relato fidelísimo de lo ocurrido, da todos los detalles de la muerte del caudillo que tantos intereses había lesionado, hiriendo tantas ambiciones como estaban desencadenadas en la España turbulenta de aquella época, en que todos se creían con derecho a mandar y todos suponían que era Prim el que les quitaba de las manos la presa que ellos juzgaban como segura.

* * *

Otro testimonio de gran significación es el de don Francisco Flores García, redactor de *El Combate* y hombre que había vivido la parte más interesante de la política de aquellos días.

El asesinato del general Prim

En su obra titulada *Recuerdos de la Revolución* hablaba del mencionado periódico, del que es hora de que nos ocupemos, ya que fué el que más se distinguió en los ataques contra Prim, y ya que fué la obra del famosísimo Paul y Angulo, que nunca pudo contrarrestar la pública acusación que se le hacía de haber sido uno de los que tomaron parte en el asesinato de Prim.

El juicio que Paul y Angulo mereciera del señor Flores García lo expondremos oportunamente. Ahora, y para la mejor comprensión de los hechos, transcribiremos la historia que de *El Combate* hace el señor Flores García en el libro que citamos.

Así se verá que este estudio nuestro no ha sido hecho ligeramente, sino basándose en todas las pruebas históricas que hemos hallado, pruebas que, aunque se crea lo contrario, aclaran todas las sombras que hay en torno del asesinato del general Prim, crimen político que, aunque parezca tan misterioso, no lo es tanto que no se comprenda que no pudo ser obra de un solo hombre ni de un solo partido, sino de muchos hombres y hasta de muchos partidos, que contando hasta cierto punto con la impunidad, acribillaron a trabucazos en la calle más principal de Madrid a un hombre de la categoría de Prim, que afirmaba, según Roque Bárcia, que no eran los republicanos los que le mataban.

El día primero de noviembre de 1870 apareció en Madrid el famosísimo periódico dirigido por Paul y Angulo, y del que eran redactores Ramón Cala, José Guisasaola, Francisco Córdova y López, Francisco Rispa y Perpiñá, Federico Carlos Beltrán y Luis Pievard, que llamó la atención por lo avanzado de sus ideas, la intransigencia de sus opiniones y el lenguaje violentísimo que empleaba.

Estaba la Redacción de *El Combate* en el número 24 de la plaza de los Mostenses, en una casa aislada, y en cuanto oscurecía apenas si pasaba gente por aquellos sitios. Aun no se había construído el Mercado que está demoliéndose en estos días, y la plaza estaba casi siempre solitaria.

"Algún historiador dice—afirma el señor Flores García—que la tristemente célebre *Partida de la Porra* daba frecuentes asaltos a la Redacción de *El Combate* y que en la plaza mencionada se batían los defensores del periódico con dicha partida.

"No es exacto.

"Aquella banda de cobardes asesinos imitaba la cobarde conducta de la policía.

"Ni siquiera pasaba a ninguna hora por la plaza de los Mostenses."

Por consiguiente, sabemos el terror que inspiraba a todos *El Combate*, en cuya Redacción había una contrapartida compuesta por los hombres más temi

El asesinato del general Prim

dos del matonismo madrileño. Por otra parte, era aquélla una Redacción especialísima, ya que sus redactores tenían siempre el revólver sobre la mesa y al alcance de la mano. El más valeroso, y también el más ilustrado de todos ellos, era don Ramón Cala, ilustre repúblico enamorado de la causa popular.

Sin saber por qué, intimó con Paul y Angulo, y, sin que se sepa por qué, fué su colaborador más entusiasta en la obra demoledora que hacía *El Combate*, que a partir del número II de su publicación fué denunciado todos los días.

Para que se vea el estilo con que se escribía *El Combate* citaremos lo que decía de don Nicolás María Rivero:

“Un ministro de la Gobernación, tan tirano como cobarde, apóstata y traidor por temperamento, que vendió la República por un cuartillo de vino; ese gitano regateador político, que adopta el procedimiento del hurto y de la estafa, detiene en las calles y en las estaciones inmediatas a Madrid los ejemplares de *El Combate*.”

Este era, pues, el periódico que envenenaba el ambiente, y que, saliendo a escándalo por número, no dejaba de atacar a Prim, haciéndole víctima de las más feroces injurias y las más terribles amenazas.

Un desafío célebre, el sostenido por Paul y Angulo con Ducazcal, elevó al *summum* la virulencia de

El Combate, que inspiraba, así como su director y redactores, un respeto parecido al miedo, y dejó de publicarse el 25 de diciembre del citado año de 1870—dos días antes del asesinato de Prim—, diciendo su Redacción que los hombres que la componían dejaban la pluma para empuñar el fusil.

Hecha a grandes rasgos la historia de *El Combate*, citaremos lo que decía el señor Flores García hablando de Paul y Angulo:

“Sin que pudiera explicarme la causa, me era antipático y repulsivo Paul y Angulo, no obstante haberme dado un puesto en la Redacción de su periódico, dispensándome mientras permanecí en ella toda clase de atenciones.

“La antipatía y la repulsión que me inspiraba no tenían en qué fundarse, y eran superiores a mi voluntad.”

Estas impresiones eran las que producía Paul y Angulo en todos cuantos le conocían y trataban. De una osadía sin límites y de un valor temerario, daba pruebas a todas horas de una audacia insolente, audacia que se puso de manifiesto en la primera sesión del Congreso a que asistió y tomó parte, haciendo su debut parlamentario en tales términos que provocaron una airada contestación del general Prim, que aquel día rompió todas las relaciones políticas con su antiguo amigo y compañero de conspiraciones.

El asesinato del general Prim

¿Era esta ruptura la confirmación de lo ocurrido en Londres hacía varios años, cuando, amigos Prim y Paul y Angulo, una especie de adivino profetizó a este último en un café que sería, andando el tiempo, el asesino de su hermano de aventuras y desventuras?

¡Cuán lejos estaba de sospechar Paul y Angulo cuando malhirió al augur, cuán lejos estaba de sospechar que al cabo de los años la Historia había de hacerse eco de aquella predicción funesta, atribuyendo a Paul y Angulo la muerte del general, con quien tanto había convivido y luchado en días mejores para los dos!

Su propia significación le condenaba.

Sus constantes amenazas le condenaban también.

En España no había más que un hombre capaz de llegar a todo lo necesario, y este hombre era Paul y Angulo, que solo, acompañado, por impulso de su voluntad o asociado a otros que tuvieran interés en que desapareciera Prim, era el único que no retrocedía ante ningún peligro ni ante ningún obstáculo.

Rico, tiró su fortuna entera por servir a la República.

Hombre de acción, había demostrado mil veces, y lo demostraría otras tantas, hasta dónde llegaba su valor personal.

¿Qué de extraño ni de sorprendente tiene que



fuera señalado como el que capitaneaba a los que dispararon sus trabucos contra Prim?...

.....
Es incomprensible y extraño lo que ocurrió con Paul y Angulo después de la muerte del general.

Señalado por todos como el presunto jefe de los malhechores, mientras todos los sospechosos, y entre ellos el inocente Roque Barcia, iban al siniestro Saladero, él, Paul y Angulo, vive y permanece en Madrid oculto, lanzando a la publicidad un folleto en que quiere defenderse contra las acusaciones de que era objeto, sin que nadie *le moleste ni detenga*.

¿Qué misterio existe, pues, en torno de Paul y Angulo?

¿Quién le defiende?

¿Quién le ampara?

¿Con qué poder cuenta para vivir en la villa y corte el tiempo que se le antoja?

¿Por qué no se presenta desde el primer día en sus sitios habituales?

Meditemos.

Un compañero de Paul y Angulo, el ilustre don Ramón Cala, redactor de *El Combate* y hombre de un valor tan grande como el de Paul y Angulo, no se oculta, ni huye, ni pretende desaparecer.

Presentándose en el Congreso de los Diputados, toma parte en la sesión necrológica que se celebra en

El asesinato del general Prim

memoria del general Prim, y a las acusaciones del presidente de la Cámara, que atribuye a *El Combate* y a sus hombres la perpetración y la preparación del asesinato, él responde con toda su energía, con lágrimas en los ojos, sinceras y conmovedoras, echando fuera de sí aquella calumnia.

Hay tal acento de verdad en sus frases, que todos le creen.

Hay tal convicción en sus frases, que no hay quien dude de lo que dice.

En cambio, Paul y Angulo...

¿Por qué busca en la fuga la salvación de su libertad?

Y sobre todo, ¿quién es el que protege aquella fuga y permite que Paul y Angulo atravesase media España para marchar al extranjero, donde moriría repentinamente?...

.....

El valiosísimo testimonio de Roque Barcia, que hemos reproducido oportunamente, habla de que tuvieron que ser muchos, como fueron efectivamente, los que tomaron parte en el asesinato de Prim.

¿Cómo es posible que ninguno de ellos fuera capturado, y cómo es posible que todos, absolutamente todos, escaparan de toda persecución?

El Saladero estaba lleno de presos.

Por centenares podían contarse los detenidos.

Por centenares podían contarse también los testigos que diariamente desfilaban ante las autoridades sin dar ninguna orientación ni luz alguna en el tenebroso asunto que tanto apasionaba a todos.

Pero los asesinos, a pesar de ser tantos, no aparecían.

Discurriendo por todas partes, gozaban, al parecer, de una libertad que acababa con su vida, pues era proverbial que muchos que podían considerarse como concedores de lo ocurrido no tardaban en morir de un modo misterioso o desaparecían de España para desembarcar en América, donde nadie les conocía.

¡Misterio!

¡Cuánto misterio!...

.....

Mientras tanto, Paul y Angulo había llegado a Buenos Aires.

Gran amigo y camarada del cura Romero, que acababa de fundar allí *El Diario Español*, que es todavía orgullo de la Prensa argentina, ingresó en la Redacción de este periódico.

Allí estuvo algún tiempo.

¿Pero qué es lo que sucede entre los compañeros, entre los amigos?

¿Por qué se desafían bárbaramente a muerte?

Misterio.

El asesinato del general Prim

Siempre el misterio.

Paul y Angulo mata en ese desafío al cura Romero.

Y vuelve a Europa.

Y se instala en París.

Allí lo encuentra don Nicolás Estévez, que en sus *Memorias* nos dice que no cree que Paul y Angulo haya sido el asesino o uno de los asesinos de Prim.

¿En qué se basa para decirlo?

En que "con lo jactancioso que era Paul y Angulo no era posible que hubiera callado una cosa de tantísima importancia".

A fuer de historiadores imparciales tenemos que citar todos los testimonios que hallemos.

El del señor Estévez es valioso, aunque se le puede objetar que, siendo Paul y Angulo uno de los hombres más valientes que ha tenido España, no estaba bien que se ufanara de un crimen cometido fría y cobardemente, caso de que en él hubiera tomado parte.

Hosco, arisco y solitario vivía Paul y Angulo en la capital de la República Francesa.

Desde allí lanzó otro folleto defendiéndose contra la acusación que pesaba sobre él.

Pero a España no volvía.

¿Por qué?

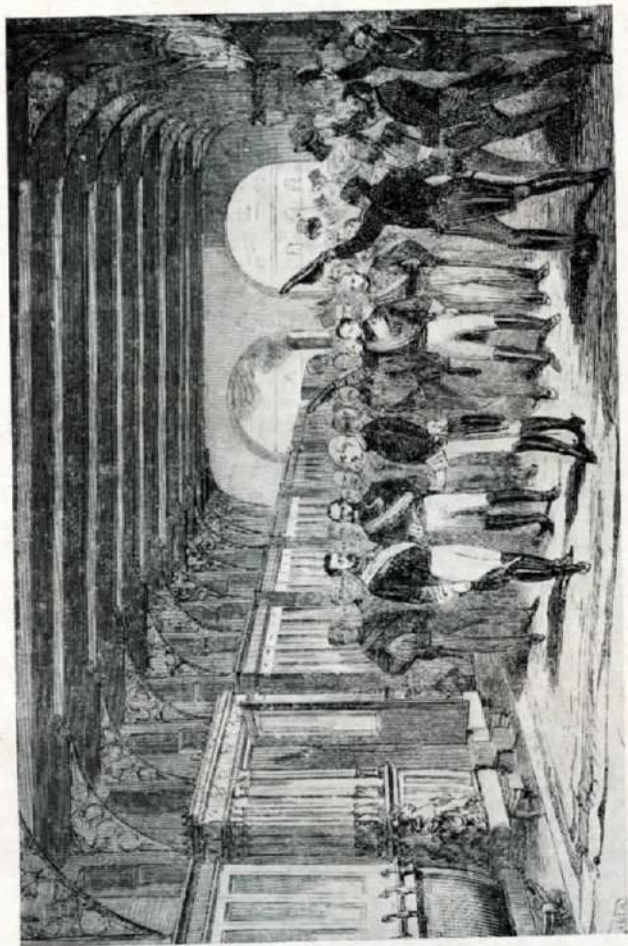
¿Por qué no se defendía en España de las inculpaciones gravísimas que se le hacían?

¿Por qué aquel afán de vivir lejos de su patria, donde habría podido probar su inocencia?

¿Por qué no daba una nueva prueba de su valor indudable, haciendo como don Ramón Cala y presentándose libre y espontáneamente a responder de sus actos y a dar un mentís rotundo a sus acusadores o a sus enemigos?

Otra vez volvemos a poner aquí la palabra misterio.

Otra vez volvemos a escribirla perdidos en este dédalo de preguntas y de dudas, dudas y preguntas que no puede aclarar ni responder la Historia, que quedó privada de uno de sus elementos de prueba más importantes cuando Paul y Angulo falleció repentinamente en París, llevándose a la tumba uno de los secretos más grandes de la Historia contemporánea.



Madrid. Llegada de S. M. a la estación del Mediodía (2 de enero de 1871).

VIII

Por creerlo digno de mención y conocimiento transcribiremos lo que Paul y Angulo decía en 1872, antes de salir de España:

"Un año hará próximamente que, calumniado por mis enemigos políticos y perseguido por mi amiga la célebre justicia histórica, véome obligado, para permanecer en Madrid, a ocultarme con insistencia hasta de mis amigos más íntimos.

"Y es que, nacido por desgracia en una sociedad infame, donde los unos son egoístas hasta el crimen, y los otros dóciles y pusilánimes hasta la estupidez, yo he sido de los pocos que intentaron luchar con energía y resolución por el triunfo inmediato de la Verdad y de la Justicia.

"Pero veo iniciada en mi patria una verdadera

revolución del pueblo y para el pueblo; por despertar a las clases explotadas de un vergonzoso letargo, yo combatí las infames hipocresías que constituían y constituyen el orden existente; yo he sacrificado gustoso mi posición social; yo he sacrificado los intereses de mi familia; yo he sacrificado mis afectos personales; yo he arriesgado mi vida de muchas maneras cuantas veces ha sido conveniente, y hasta he sabido transigir como hombre de partido con las vacilaciones y vergonzoso egoísmo de ciertas personalidades cuya cooperación era necesaria, cuya cooperación era fatalmente indispensable para el objeto que yo y mis amigos nos proponíamos.

"Bien puedo decir que por iniciar primero la revolución de España, y después por arrastrar al partido federal a la lucha violenta, por arrastrarlo en masa, único medio de facilitar al pueblo su verdadera revolución, ningún esfuerzo, ningún sacrificio me ha quedado por realizar, ninguno de los que han estado a mi pobre alcance.

"¡Y no impunemente se lucha en esta infame sociedad, al mismo tiempo hipócrita y pusilánime! ¡No impunemente se hacen los esfuerzos y sacrificios que yo soy capaz de realizar! Por eso me veo al fin en la precisión de vivir oculto como si en efecto fuese yo un repugnante y miserable criminal."

Andando los años, publicó otro folleto en París,

El asesinato del general Prim

titulado *La política española y los asesinos del general Prim*.

En este folleto pugnaba por defenderse de los ataques de que era objeto y de las acusaciones que se le seguían haciendo, sin desvirtuarlas en absoluto.

Únicamente merecen citarse las frases que tomaba de *Le Figaro*, publicadas por este periódico francés a raíz del asesinato de Prim:

“La monarquía del duque de Aosta tenía, sobre todo, las siguientes significaciones, bien características:

“Primera: Rechazar la marea creciente del republicanismo.

“Segunda: Destruir las pretensiones de una regencia *prolongada* del general Serrano y, en fin, dejar en la más vaga incertidumbre las esperanzas monárquicas de los miembros de la dinastía caída.”

Hasta qué punto tenía razón *Le Figaro* debe decirlo el lector, que asociando todos los términos de este problema debe buscar la solución del mismo fijándose en lo que anteriormente hemos escrito, y sobre todo en la tranquilidad en que vivía en España Paul y Angulo, que por muy oculto que hubiese estado no era muy difícil que se le hubiera encontrado.

Para acabar de pintar el carácter ultraavanzado

de Paul y Angulo, citaremos este otro párrafo de un folleto suyo:

“¿Qué es, en efecto, el Gobierno de la Nación hoy que las clases privilegiadas lo componen exclusivamente, hoy que hasta el mismo sufragio universal, dada nuestra dependencia o esclavitud, viene a ser, en la práctica, el juguete de los Poderes constituidos y apoyados en la fuerza?”

IX

Queremos cerrar este libro con el broche de oro que nos presta el ilustre marqués de Villaurrutia, que es el que actualmente conoce mejor la Historia contemporánea. Este eminentísimo y por todos conceptos admirable historiador dice, hablando del asesinato del general Prim, en su obra titulada *El general Serrano, duque de la Torre*:

"La elección de don Amadeo fué la gota de agua que hizo desbordar el vaso de los odios montpensieristas y republicanos, destacándose entre los más furibundos extremistas federales don José Paul y Angulo, que había de adquirir la triste celebridad del asesino.

"Había éste conocido en Londres a Prim, a quien le unieron vínculos de amistad y compañerismo, habiendo prestado a la Revolución con su pluma y su



dinero no insignificantes servicios, en premio de los cuales pretendió la Legación de España en Londres, que Prim hubo de negarle.

"De aquí nació el odio, más que político personal, que Paul y Angulo profesó a Prim, con la exaltación producida por el vino, sobre todo el de Jerez, sin el cual decía que la vida le sería intolerable.

"En su periódico *El Combate* amenazaba a Prim con matarle como a un perro, y esta amenaza, de la que Prim no hizo caso a pesar de los avisos y consejos de sus amigos, se realizó al cabo en la noche del 27 de diciembre.

"Al dirigirse desde el Congreso al ministerio de la Guerra por el usual camino, acompañado por sus ayudantes Nandín y Moya, y a punto estuvo de ir con él Sagasta, detúvose el carruaje en la calle del Turco, cerca de la de Alcalá.

"Asomóse a la portezuela uno de los ayudantes y vió que un coche de alquiler obstruía la vía, y apostados a uno y otro lado ocho o diez hombres armados de carabinas y trabucos.

"Oyóse entonces la voz de "*¡Fuego!*", que Prim reconoció ser la de Paul y Angulo, y ocho balas quedaron incrustadas en el brazo y hombro izquierdos del general.

"Lleváronle al ministerio de la Guerra, donde subió por su pie la escalera, y durante tres días luchó

El asesinato del general Prim

animosamente con la muerte, que al fin venció, y el día 30, a las ocho y cuarto de la noche, ultimó la preciosa vida del glorioso caudillo que las balas enemigas habían respetado en cien batallas.”

* * *

Si el lector ha tenido paciencia y ha llegado hasta este punto, habrá visto que tanto misterio como parece existir en torno del asesinato del general Prim es un enigma que queda aclarado o puede aclararse muy fácilmente.

Fijándose en los testimonios que hemos citado y en las autorizadísimas opiniones que insertamos y reproducimos, no es muy difícil orientarse en esta aparente oscuridad que envuelve uno de los hechos más importantes de la Historia contemporánea. Si Paul y Angulo procedió auxiliado por unos cuantos amigos, o si además de estos amigos contó con otros más poderosos, es lo que queda pendiente y seguirá sin saberse quién sabe cuánto tiempo, aunque siempre quede como verdadera explicación de todo el hecho de que Paul y Angulo, tenido por todos—hasta por la víctima—como el asesino, viviera en España más de un año y saliese de España cuando le convino, sin que nadie lo descubriera y le detuviese.

El Libro del Pueblo

Enciclopedia popular hispano-americana

VOLUMENES PUBLICADOS

1. GREGORIO MARAÑÓN:
El problema social de la infección.
2. EDUARDO MARQUINA:
El Cid y Roldán.
3. ENRIQUE MARINE:
Cómo se administra un gran diario.
4. DIONISIO PEREZ:
Daniel Vierge (el renovador y el príncipe de la ilustración moderna).
5. DR. CESAR JUARROS:
Los engaños de la morfina.
6. JOSE PLA CARCELES:
La Sociedad de las Naciones (lo que es y cómo funciona).
7. A. MARTINEZ OLMEDILLA:
Don José de Salamanca. (Con ilustraciones.)
8. QUINTILIANO SALDAÑA:
La Inquisición Española. 1218-1834. (Con ilustraciones.)
9. ALBERTO GHIRALDO:
Libertadores de América. José de San Martín.
10. JOAQUIN SOTO BARRERA:
Historia del fútbol en España. (Con ilustraciones.)
11. ANGEL LAZARO:
Biografía de Jacinto Benavente.
12. JOAQUIN MENENDEZ ORMAZA:
El oro en la naturaleza y en la vida. (Con ilustraciones.)
13. JUAN DE CASTRO:
El Gran Capitán.
14. VLASTIMIL KYBAL:
Tomás G. Masaryk. (Con ilustraciones.)
15. JOSE FRANCÉS:
La Caricatura. (Con ilustraciones.)
16. ENRIQUE GASTARDI:
El Sol. (Con ilustraciones.)

B. Dip. Almería

AL-929-LOP-ase



1023029



CIAP

14